

Devoción y lucidez de Carmen Ruiz Barrionuevo

Gabriel Jiménez Emán

gjimenezeman@gmail.com

Siendo como es una de las formas de reconstruir la conciencia y la inconsciencia humanas, la literatura no puede valerse por sí misma, ni puede sostenerse por sí sola dentro del enjambre cualitativo de la cultura. Ella requiere tanto de asideros imaginarios como de imantaciones que le ayuden a introducirse en el tejido mental o individual, colectivo o institucional, y de este modo se le provea de posibilidades interpretativas o de sendas significantes que le impulsen a una sensibilidad por venir, y así multiplicarse en miradas que le posibiliten nuevas perplejidades. Estas son precisamente las que humanizan sus pasos y le proporcionan nuevas visitaciones, ya sea por intermedio de ensayos escritos, estudios sopesados o exposiciones orales, disertaciones, cátedras, la literatura encuentra exégetas, estudiosos, humanistas que intentan descifrar sus signos asombrosos.

La literatura hispanoamericana ha merecido, en las últimas décadas, una extraordinaria atención tanto en Europa como en los Estados Unidos; la poesía, el ensayo, el teatro, el cuento y la novela han disfrutado, en la segunda mitad del siglo veinte y en las primeras décadas del veintiuno, de una atención muy valiosa por parte de humanistas, profesores y educadores que han visto en ella una posibilidad de visibilizar la utopía, y entre estos estudiosos y estudiosas quisiera destacar el nombre de Carmen Ruiz Barrionuevo. Apenas evoca uno la figura de Carmen Ruiz, acude a nosotros la imagen de la nobleza literaria, de una persona que ha entregado lo mejor de su ser intelectual a revisar buena parte de la producción literaria de nuestro continente, con una devoción que va acompañada siempre de lucidez. Esta mujer, dotada de una diligencia y de un entusiasmo contagiosos, ha hecho valer en España el legado literario de un buen número de narradores, poetas, ensayistas y pensadores nuestros, consiguiendo abrir espacios para una vasta reflexión sobre personalidades tan dispares como Juan Carlos Onetti, José Lezama Lima, Gonzalo Rojas, Roberto Arlt, Álvaro Mutis o José Balza; pero también se ha remontado a antecesores de éstos como Julián del Casal, José Martí, Julio Herrera y Reissig, José Antonio Ramos Sucre, Rubén Darío, J.J. Fernández Lizardi o Leopoldo Lugones, y tejer sobre ellos discursos críticos de una insoslayable actualidad, en la medida en que los contemporiza y los pone a vibrar de la manera más oportuna, mediante cátedras asertivas en la Universidad de Salamanca, donde se licenció y se ha sabido ganar un lugar de excepción, al emprender allí sus investigaciones y entusiasmar a sus estudiantes organizando actividades en cátedras, seminarios, cursos, coloquios, talleres. Creo que su labor en este sentido es más que encomiable: se trata de aportes sostenidos cuyo objeto es suscitar un continuo interés hacia la literatura de América hispana mediante un ojo crítico reposado, desplegado en diversas publicaciones académicas y desde revistas en varias universidades, donde ha llevado a cabo una labor editorial relevante, al encargarse de preparar ediciones temáticas sobre escritores argentinos, cubanos, uruguayos, colombianos o venezolanos, destacándose entre ellos los cubanos Julián del Casal, José Lezama Lima, Virgilio Piñera y Gastón Baquero, para acercarnos a obras donde tienen resonancia elementos tanto del fenómeno modernista, como de los influjos del barroco, el manierismo y de otras variables del neobarroco moderno, las vanguardias históricas y sobre lo que se llamó, a mediados del siglo veinte, realismo maravilloso de América. Ello no le resta un ápice de perspectiva en el momento de observar las obras de Virgilio Piñera o de Gastón Baquero, sobre todo del primero, donde se dan cita los ecos del absurdo y de otros registros del existencialismo moderno.

Digamos que Carmen ha estado seducida permanentemente por el verbo incandescente de la tierra americana, por su peculiar fluidez cósmico-cultural, y de cómo ha sabido irradiar ese verbo a los espacios donde le ha tocado ejercer sus cátedras, asumiendo sus roles no sólo de profesora y editora, sino transmitiendo su saber para impregnar a quienes la rodean de un prodigioso espíritu de colaboración, de comprensión hacia el fenómeno literario y estético. Hay que ver cómo se desplaza Carmen por aulas, corredores, pasillos, bibliotecas, cafés, y con cuánta energía imparte sus cátedras y contagia con su conocimiento sensible. Nos cercioramos del valor humanístico de su hacer, y de cómo nos ha contagiado de ese espíritu. Creo que los venezolanos le debemos el haber dirigido por largos años en España la Cátedra de Literatura Venezolana “José Antonio

Ramos Sucre”, que nuestro admirado José Balza le propusiera hace ya muchos años desde el Ministerio de la Cultura en Venezuela. Por allí han pasado varias generaciones de escritores que han dejado huella en aquellos espacios, y a la vez Salamanca nos ha marcado a todos con su indeleble hechizo, quedando sembrada en nosotros. En mi caso, no he sido el mismo después de haber caminado por Salamanca quedando absorto en sus esquinas y callejuelas, delante de sus templos y edificaciones, en el puente del río Tormes, entre los ramajes del jardín de la Celestina o recorriendo los meandros de la Cueva de Salamanca que prodigó a Cervantes los pasajes tan enigmáticos de la Cueva de Montesinos en *El Quijote*; ya no es posible ser el mismo si ha caminado uno o se ha internado en los recintos por donde lo hicieron el místico Fray Luis de León, Fernando de Rojas, Miguel de Cervantes o Miguel de Unamuno, tocayo y admirador de aquel, el inmenso escritor vasco (a mi modo de ver el gran filósofo español del siglo XX) que quedó prendado de Salamanca, desde la noble Universidad que regentó hasta el fin de sus días, defendiéndola de la barbarie inculta.

No pocos escritores venezolanos han dejado esparcidas en esa ciudad sus emociones en la contemplación de su paisaje y en el trato de su gente, entre los cuales se cuentan a Arturo Uslar Pietri, Ramón Palomares, Carlos Contramaestre y Caupolicán Ovalles, quienes me narraron estos dos últimos sus andanzas juveniles por estas calles en tiempos estudiantiles; Contramaestre estudió allí la medicina que nunca practicó y Caupolicán el derecho que tampoco ejerció, pero ambos se nutrieron de esas fuentes hispánicas tan ricas para el provecho de sus obras; otros temperamentos académicos van desde amigos como el acucioso historiador larense Guillermo Morón --también narrador de garra-- hasta Celso Medina, poeta oriental venezolano desdoblado en académico sobre literatura del caribe francés, y buen amigo de Carmen Ruiz. A Carmen hemos de agradecer desde Venezuela sus esfuerzos para mantener viva la llama de la literatura nuestra, convirtiéndose así, sin proponérselo, en émula de don Miguel de Unamuno, quien diera a conocer en ensayos elogiosos desde Salamanca a los grandes escritores modernistas nuestros como fueron Manuel Díaz Rodríguez y Pedro Emilio Coll.

Me parece que Carmen Ruiz ha olfateado bien el aire de renovación que la lengua castellana vuelve a adquirir en América desde aquellos días hasta el siglo veinte, atisbado y consagrado por grandes escritores nuestros de la talla de José Enrique Rodó en su *Ariel* desde el año 1900, cuando el escritor uruguayo retomó las ideas europeas y presentó los dilemas filosóficos y culturales americanos desde una nueva perspectiva, así como también Rubén Darío lo había hecho con los mitos clásicos a través de un nuevo verbo poético, incluyendo en ello al parnasismo y al romanticismo, y haciendo con todos estos elementos una prodigiosa mixtura. Justamente, la amistad intelectual de Unamuno con Rodó dio como resultado una compleja relación intelectual entre ambos mundos, lenta y arduamente continuada en tantas obras nuestras, hasta el tiempo presente.

Le debemos a Carmen Ruiz el gesto de habernos tendido la mano para celebrar estos asombros del verbo entre España y América. Al fin y al cabo, América fue siempre una utopía para España, tanto para el alucinado Almirante que divisó por vez primera desde una carabela a la Tierra de Gracia, como para el gran Cervantes, quien siempre soñó conocerla y nunca pudo, hasta viajeros inmóviles como Lezama Lima, quien la soñó a través de un universo de rumorosas palabras. Utopía ya prefigurada desde la concepción primigenia del gran Tomás Moro, quien nos legó en aquel relato magistral la visión de ese otro mundo posible, más noble y humano, -desasido de tantos vicios y prejuicios malsanos de dominación occidental- hasta las distopías del siglo veinte que vaticinaron los daños y plagas creados por la tecnología mal aplicada de la sociedad capitalista.

Otro de los adjetivos que le vienen bien a Carmen es el de incansable. Su inquietud es permanente. Nunca está en un solo terreno ni ocupada de una sola cosa. Puede atender simultáneamente proyectos de investigación, dar clases, asesorar cátedras, auspiciar concursos, ser tutora de tesis, escribir, organizar talleres, seminarios, cátedras o eventos en diferentes lugares o países. Es precisa en sus objetivos; posee una ecuanimidad inalterable y busca siempre conciliar, la alianza positiva, de avance, siempre hacia adelante, ignorando rencillas menores.

Carmen Ruiz Barrionuevo se ha convertido para muchos de nosotros en un emblema de trabajo constante, de nobleza intelectual y de pasión ferviente hacia la literatura. Gracias, Carmen, sé que tus esfuerzos se multiplicarán en los próximos tiempos, cuando la literatura nuestra vuelva a recobrar el candor que tuvo en los dos siglos anteriores, en las difíciles batallas del lenguaje castellano para fundar en estas tierras solares nuevos espacios de creación y pensamiento, y así reconquistar su dignidad.

Junio 2020